



Tanto con tan poco

Los estudios literarios en Argentina
1958-2015

Analía Gerbaudo

Anexo 4

~
**Los estudios literarios
en Argentina y en España**
Institucionalización
e internacionalización

Analía Gerbaudo
Max Hidalgo Nácher
directores

ediciones UNL

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

**UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL**

 **ediciones UNL**

Consejo Asesor
Colección Ciencia y Tecnología
Graciela Barranco
Ana María Canal
Miguel Irigoyen
Gustavo Ribero
Luis Quevedo
Ivana Tosti
Alejandro R. Trombert

Dirección editorial
Ivana Tosti
Coordinación editorial
María Alejandra Sedrán
Coordinación comercial
José Díaz

Corrección
Félix Chávez
Diagramación interior y tapa
Julián Balangero

Imagen de tapa
Escritura (17), de León Ferrari
96 x 185 cm, impresión heliográfica
Sede: Casa Central MAC-UNL

© Ediciones UNL, 2024.

—
Sugerencias y comentarios
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial

Gerbaudo, Analía
Tanto con tan poco : los estudios literarios
en Argentina 1958?2015 / Analía Gerbaudo ;
Prólogo de Nora Catelli. - 1a ed - Santa Fe :
Ediciones UNL, 2024.
Libro digital, PDF/A - (Ciencia y Tecnología /
Archivos en construcción)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-749-456-3

1. Estudios Literarios. 2. Educación Superior.
3. Crítica Literaria. I. Catelli, Nora, prolog.
II. Título.
CDD 860.9982

ISBN Obra Completa 978-987-749-353-5

Serie Archivos en construcción
Directora: Analía Gerbaudo
Comité científico de este tomo:
Raúl Antelo, Fernanda Beigel, Nora Catelli,
Graciela Goldchluk, Anna Gargatagli,
Bénédicte Vauthier.

© Analía Gerbaudo, 2024.
© Raúl Antelo, Nora Catelli,
Max Hidalgo Nâcher, 2024.



Anexo 4

Una auto-bio-grafía

Al momento de responder nuestro cuestionario, nos topamos con el caso de un agente que insistió en que consideráramos como tal un cuento ya contado. Si bien en una primera instancia habíamos rechazado la idea ya que, al no seguir el formato pautado, no nos resultaba útil para buena parte de nuestras preguntas, su lectura exhortó a escuchar tanto las insistencias como los silencios. Aquello que, en principio, metodológicamente «salió mal» (respuestas no obtenidas, formularios respondidos parcialmente o no respondidos) nos llevó a atender a lo que se dice tanto junto con la machacona obstinación de que sea un cuento ya contado el que se elija reiterar como con lo que se decide omitir.

Noé Jitrik¹

por Ivana Tosti y Silvana Santucci

Todo comienza con el despertar de un interés infantil por la lectura que, con el paso del tiempo, exigía nuevos y más complejos alimentos. Por otra parte, debo haber comprendido muy temprano que una vez internado en el campo imaginario, cada libro enviaba a zonas en las que la imaginación vagaba libremente, tanto más cuanto más inalcanzable.

1. Auto-bio-grafía editada a partir de «Una Vida De Trabajo»: redacción de Noé Jitrik de su «hoja de vida» facilitada a las entrevistadoras para esta edición.

La adolescencia fue un paréntesis; no solo otros atractivos sino exigencias de una vida modesta y la lejanía de bibliotecas —no había ninguna familiar—, más el paso por las escuelas y la migración territorial —del pleno campo a la gran ciudad con el subsecuente deslumbramiento— suspendieron la lectura. No obstante, ya en ese período, el encuentro con un solitario volumen de poesía, generó una idea de posibilidad que se iba complementando con otras expresiones de cultura que no estaban incluidas en el universo barrial ni familiar: música, pintura, cine y, simultáneamente, un regreso a la lectura y, más aún, a la literatura propiamente dicha. Ya en ese momento un ¿qué es esto y cómo actúa? me llevaba invariablemente a las viejas librerías y a libros cada vez más sólidos y específicos.

El cierre de ese período de mi vida fue la decisión de descartar un porvenir ligado a la economía en todos sus aspectos e ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras.

La Facultad era en sí misma una biblioteca universal; literatura del mundo casi entero, textos definitivos, lenguas lejanas empezaron a ser absorbidas por mí con una avidez que se proyectaba al mismo tiempo sobre otros lenguajes culturales; era como si todo se precipitara sin orden pero con una fuerza irresistible, cada curso, cada materia, cada lenguaje, cada propuesta me sumía en un vértigo que no quedaba ocluido en lo que podía considerarse «académico» sino que se saturaba de lo que también ocurría en el exterior. Me pareció, sobre el final de mis cursos, en los que predominaba una filosofía historicista —todas las literaturas eran «historia» de cada una— y exámenes, que tanto la «historia de la lengua» como la lingüística eran ese lenguaje; me pareció, todavía de una manera vaga, que sus problemáticas respondían a algo así como una tendencia a la abstracción que iba creciendo en mí como una perturbación más que como una certeza vocacional. A ello se ligaba la aparición en escena de gestos más bien interpretativos como la «estilística» de origen alemán, una suerte de coletazo de experiencias teóricas o críticas que en Europa sacudían los dictados de las viejas retóricas.

En ese camino, mi primer viaje a Europa, hacia 1953, fue un baño de inmersión en todo lo que el abanico disciplinario respecto de la lengua estaba ofreciendo en ese momento, desde la fonética al protoestructuralismo pasando por el indoeuropeísmo, la geografía lingüística y todas las miradas que entonces se estaban posando sobre la lengua, por no mencionar las enseñanzas de Saussure que estaban siendo recuperadas. En la típica y obligada vagancia parisina otros libros, poesía sobre todo, y un deslumbrante descubrimiento, *La part du feu* de Maurice Blanchot, una aproximación a la literatura nunca vista en mis años de Facultad, una suerte de Hegel redivivo y posfenomenológico

que, contrariamente a lo que se conoce como «crítica», no daba vueltas en torno a los textos sino que entraba en ellos, veía la literatura como un llevar hasta las últimas consecuencias las percepciones saussurianas, esa extraña pero profunda relación entre signos y cosas.

Esas lecturas se instalaron en mi mente invitándome a desarrollar desde ellas mis propias posibilidades de una acción. Y por acción, al llegar a Buenos Aires, se me hizo clara una doble avenida: por una parte, dar a conocer lo que en los textos podía estar más allá de lo evidente; por la otra, lograr una forma nueva, que no reprodujera ni replicara una tradición crítica que consideraba parasitaria. En la Argentina intenté, no obstante, continuar en la lingüística.

Sin embargo, a fines de 1954, se estaba despertando en ambientes que me eran próximos un nuevo interés por la literatura argentina y un deseo de reverla con nuevos ojos, en pleno auge del existencialismo que prometía una perspectiva crítica dirigida a relacionar la literatura con la realidad externa a ella, no toda, desde luego, sino, sinecdóticamente, la política.

En el transcurso de los dos años siguientes empecé a producir trabajos acudiendo, en parte personalmente, en parte, recuperando modos como las propuestas de Erich Auerbach, a una metodología que podría llamar «inferencial»: a partir de un incidente narrativo, por ejemplo la relación entre «espacio cerrado y espacio abierto» en las novelas de Eugenio Cambaceres, se trataba, y así lo hice, de construir un aparato que debía mostrar de qué modo el relato se hacía cargo de la realidad y la significación, en especial de orden ideológico, que comportaba.

En ese orden, y sin renunciar a una denominación tradicional, «crítica», produje varios trabajos en el par de años que siguieron y que fueron pródigos en ofrecimientos de acción que en parte incluían la literatura, en parte otros atractivos, la universidad, la política práctica, la enseñanza, entre otros. De ese espacio temporal quedan dos trabajos que puedo considerar representativos de un giro teórico que, visto en perspectiva, daría lugar en años sucesivos a nuevas formulaciones. El primero fue *Horacio Quiroga: una obra de experiencia y riesgo* y el otro *Procedimiento y mensaje en la novela*.

En el libro sobre el escritor uruguayo volqué lo que había registrado en Europa centrando los abordajes a una obra en principio meramente costumbrista en el concepto de «significación», todavía indeciso pero ya entendido como lo que se trataba de hallar detrás o por debajo de escenas, anécdotas, habilidades narrativas, figuras típicas, eficaces descripciones. En el trazado que puedo llamar, provisoriamente, «crítico», empieza un cuestionamiento sobre el gesto mismo de aproximación y una pregunta sobre la «autorización», se entramará con un texto para entrar en él y arrancarle algún secreto. De esa

inquietud saldrán, muy posteriormente, mis intentos de perfilamiento del concepto de «crítica», que no podía permanecer en las brumas de un kantismo diluido por usos y costumbres facilitadoras de una práctica que no se preguntaba por sí misma, sino que aceptaba su rol de acompañante de un proceso de conformación y consolidación de una cultura.

El otro, inaugura una preocupación de otro carácter. Se articula en torno a una pregunta acerca de lo que puede haber de común en «todos» los relatos que componen la literatura. Una vez planteada, propongo una teoría de elementos que no solo serían infaltables sino indispensables para comprender la identidad de ese tipo de objetos textuales. Así, valga como ejemplo, el «narrador», como estructura que no debe ser confundida con el «autor», y cuya operatoria reside en la administración de un «punto de vista» respecto de los demás elementos igualmente indispensables: personajes, lenguajes, ritmo y descripciones. Quiero ver esta tentativa como expresión de un protoestructuralismo que estimo que quedó en eso pues puedo afirmar que la oleada estructuralista que invadió los estudios literarios no me encontró entre sus adherentes ni soldados.

Mi ingreso en la docencia, en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, me instaló en la literatura argentina y en una perspectiva historizante. El respaldo teórico que les di a mis exposiciones y presentaciones era de tipo sociológico, o lo que podía entenderse ese momento por tal decisión disciplinaria; los «maître à penser» eran Goldmann, Hauser, Luckacs pero como había pasado por una experiencia que me acercó a la problemática psicoanalítica esos modelos no eran totalmente predominantes aunque tampoco el psicoanálisis me obligaba a ver en los textos los núcleos que como tópicos se presentaban invariablemente cuando se hablaba de eso. Sin desecharlos, comencé a considerar especies literarias, especialmente las canónicas —relatos y poesía— como «textos», en la inflexión que a ese término se les estaba dando a partir de cierta transición teórica que tenía lugar en la teoría francesa, del existencialismo inicial al estructuralismo y de ahí a los comienzos de la semiótica: la palabra «texto» reunía restos de todas esas miradas y permitía recuperar la inicial idea de la «significación» que había quedado relegada. Es así que retomé dos clásicos argentinos, el *Martín Fierro* y el *Facundo* y produje sendos textos de diverso alcance aunque basados en los mismos principios.

En relación con el primero, a partir de lo más evidente, el «canto», y siguiendo de lejos el modo «inferencial» de Auerbach, pero tratando de apartarme del peso de lo referencial que domina *Mimesis*, esa obra culminante de la crítica europea —apartamiento que fue progresando a lo largo de los años—, intenté construir un discurso autónomo, en el lenguaje y en las categorías

empleadas, pero que al mismo tiempo tenían como objetivo acercarme a una significación probable o, en todo caso, atendible, de un texto constituyente de la cultura literaria argentina. En cuanto al *Facundo* la mirada se apartaba de las consideraciones habituales sobre un texto igualmente fundacional visto como «declaración», como propositivo, como expresión de una «genialidad», pero no como «texto», en el sentido en que este término estaba tomando cuerpo en la teoría crítica francesa. De este modo, pude leer ciertas contradicciones que bien podían ser tributo romántico a un pensamiento que se quería orgánico, bien lo que se podía esperar de una «acción» de la escritura propiamente dicha, perspectiva más prometedora aunque todavía no respaldada por reflexiones sistemáticas y filosóficamente fundadas.

Todo eso, que pude reunir en un volumen —*Escritores argentinos: dependencia o libertad*— fueron el producto de mis años de docencia en Córdoba, entre 1960 a 1966. Separado de la Universidad en la oleada del golpe militar de ese año, me vi obligado a hacer un paréntesis en los caminos que había emprendido de modo que los esbozos de tipo teórico quedaron en eso y, en cambio, tuve que responder a esquemas tradicionales, biografías, historia parcial de la literatura, más ciertas incursiones en el discurso histórico, tales como mis trabajos sobre lo que llamé «el mundo del Ochenta» y su primer momento de crisis, «la Revolución del 90», a partir de las respectivas significaciones culturales encarnadas en textos representativos de los respectivos momentos. De los seis años de docencia me quedó, sin embargo, del criterio obligadamente historicista de la enseñanza, una lección: la historia de la literatura, tal como la conocí y la practiqué en el aula, me resultaba insuficiente para introducirse en la literatura y, en cambio, lo que podía ser fructífero era, otra vez, un *método inferencial*, centrar los esfuerzos en un texto en particular tratando de que la luz que podría arrojar sobre él irradiara sobre el sistema en general acarreado, no solo la consideración de otros textos, sino también sobre los instrumentos de penetración.

La suerte, o la amistad, obraron para que pudiera hacer una nueva experiencia europea, en Francia otra vez pero ya en calidad de profesor. En el último cuarto de 1967 llegué a la Universidad de Besançon y allí, por obligaciones curriculares, el abanico de pertenencias o atribuciones geográficas se me volvió a abrir: la literatura latinoamericana en el momento en que cundía un interés por algunas de sus expresiones triunfantes, casi como modelos de un quehacer posible en literaturas que se consideraban languidecientes. Al mismo tiempo, entré en un clima teórico dominado por la declinación del estructuralismo y el surgimiento de nuevos modos que se iban aproximando a una semiótica específica, el llamado «semanálisis», que a partir del

redescubrimiento del formalismo ruso intentaba alimentarse con las virtudes analíticas del marxismo, se desprendía de las precisiones semánticas de la década precedente y generaba un lenguaje de una excitante complejidad que se concentraba en un término síntesis de todo ese flujo: productividad, que resonaba de manera diferente al de «significación». Refractario a ese lenguaje fui sensible a los cambios radicales que provenían de los trabajos de Jacques Derrida sobre «escritura» en cuyo origen estaba no solo una discusión de fondo con la lingüística saussuriana sino las miradas de Blanchot a las que yo me había asomado unas décadas antes. Cierta experiencia psicoanalítica vino a sumarse a lo que ofrecía ese corpus en el que me interné diría que decididamente pero también a ciertas variantes del marxismo que provenían de las lecturas de Althusser. Fruto de ello fueron los trabajos que produje durante los tres años que duró mi experiencia visontina, en particular sobre Macedonio Fernández que se me apareció como un precursor de los elementos que se estaban poniendo en juego pero que permitían volver a sus misteriosos y escondidos textos con una mayor profundidad. Algunos trabajos de ese período, como el que tenía a *Ficciones* por objeto, más otros previos, fueron reunidos en un libro titulado *El fuego de la especie* que apareció en Buenos Aires a mi regreso, hacia 1971.

Con ese bagaje, más la internación en la literatura latinoamericana que ofrecía entonces un rico panorama de análisis, empecé a ordenar los elementos que podían dar lugar a una nueva teoría de la actividad sobre los textos que se denomina crítica; el concepto dominante fue «Trabajo crítico»: le fui dando forma en jornadas de seminarios privados —bloqueado el acceso a la Universidad hasta 1973— y acercamientos, desde ahí, a algunos textos que entendía como aptos para dar una idea de las posibilidades de un pensamiento que sin renunciar a una alimentación teórica fuerte pudiera tener una fisonomía propia. De ahí sale el título de mi libro *Producción literaria y producción social* que incluye trabajos sobre textos de Cortázar, García Márquez, el mencionado de Macedonio y otro, en el que presento la mencionada teoría.

Debo aclarar que entiendo que por el lado del lenguaje dichos trabajos se diferenciaban de lo que estaba en curso fuera de la universidad no solo por su entramado teórico sino también porque estaba en mis propósitos introducirlos en las clases que pude recomenzar a impartir a mediados de 1973 y hasta mediados del 74, otra vez impedido de continuar una labor en virtud de la paulatina represión que sobre la institución empezó a ejercerse, repitiendo una vez más una ya larga historia. En esta instancia, desempeñó un papel decisivo el psicoanálisis que determinó mi trabajo sobre la obra de Roberto Arlt y, en especial, sobre *El juguete rabioso*, texto que consideré privilegiado para poner

en escena no un arsenal terminológico y categorial de esa disciplina sino una impregnación modal que me permitió cuestionar mi propia mirada crítica y hacerla más permeable; en la elaboración de ese trabajo tomé cuerpo una subteoría según la cual todo texto es en principio una esfera impenetrable pero que, semi ocultas, tiene irregularidades que son como guiños o puntos de ingreso de un escarpelo intelectual. La misma disposición puede encontrarse en mi trabajo sobre los textos de Gabriel García Márquez, en particular *El coronel no tiene quien le escriba* y aun sobre *Cien años de soledad*, de más larga y prolongada elaboración (texto central en el comienzo de la apertura docente de 1973). Esos trabajos son fundamentales en una reflexión que conserva su validez acerca de la relación entre «psicoanálisis y literatura», cuyo punto de partida es lo común a ambas prácticas, o sea el uso del lenguaje y las respectivas hermenéuticas. ¿Cómo articular lo que ese matrimonio ofrece de productivo?

La breve experiencia académica de 1973–74 me permitió articular las ideas que sobre la enseñanza habían estado tomando forma desde mi llegada a Córdoba. En efecto, se me hacía imposible armar un curso y llevarlo a cabo desde una perspectiva de historia de la literatura, no daba el tiempo ni el método. Con este espíritu, o mejor dicho con esta resistencia, en mi primer curso elegí textos aislados de literatura latinoamericana que fueran al mismo tiempo atractivos en cuanto a la lectura, de diversas líneas poéticas y de gran elaboración. La recepción y los resultados confirmaron el acierto del enfoque, se produjo en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras y en el más reducido de la literatura un sacudimiento que dio grandes frutos: muchos alumnos que me acompañaron, del mismo modo que lo que había ocurrido en Córdoba, se destacaron posteriormente en la investigación, la docencia y la literatura en diversas universidades del país y del mundo. Para el segundo curso, y último, mis enfoques se precisaron: me propuse implantar la idea de una historia, pero no de la literatura sino de la escritura en América Latina; de este modo, se trata de los *Diarios* de Colón, del barroco, del romanticismo, del realismo, de la poesía de vanguardia. Creo que logré mi objetivo en dos órdenes, el mío personal en cuanto a mi producción «científica» y el didáctico en la medida en que el concepto de «escritura» ampliaba el horizonte y hacía del hecho literario un objeto epistemológico, o sea un objeto de conocimiento y ya no de exaltación al mismo tiempo que exigía una importación de teoría sin la cual toda afirmación en este terreno es liviana y pasatista. Y, en cuanto a lo personal, de ahí salió mi libro *Los dos ejes de la cruz*, que terminé de escribir y publiqué en México y luego otra vez ahí y en Buenos Aires con el nuevo título de *Historia de una mirada*, y mi trabajo sobre «Alturas de Macchu

Picchu», de Pablo Neruda que creo que es el ensayo más exhaustivo que de tan importante poema se escribió.

Otra vez el exilio, ahora en México, en un múltiple campo de trabajo: docente, de investigación, de conocimiento de una realidad cultural nueva y humana por supuesto. Los instrumentos que empleé habían sido afilados en la universidad argentina en ese año de trabajo infelizmente interrumpido por la irrupción dictatorial. En lo teórico me apoyé en el corpus de problemas que iban integrando la propuesta que llamé del «Trabajo crítico» (los textos que fui escribiendo fueron publicados un par de años después en un libro titulado *Temas de teoría: el trabajo crítico y la crítica literaria*) y en lo estrictamente docente me seguí apoyando en lo que podía ser el método «inferencial» relacionado con problemas, corrientes o tendencias que permitían viajar por la literatura de todo el universo latinoamericano, tales como, entre otros temas, la vanguardia y la novela histórica. Y, al mismo tiempo, y en ocasiones vinculándolos con la enseñanza, recuperé los esbozos y apuntes que habían empezado a tomar forma en Buenos Aires y que prometían un perfeccionamiento. De este modo, pude retomar algo así como un compromiso que había contraído a partir de la idea de «escritura» que había guiado mi acercamiento a varios textos en una propuesta de historia, no de la literatura, sino de la escritura latinoamericana, como una experiencia local y propia; proponía que esa historia comenzaba con los *Diarios* de Colón y se manifestaba posteriormente no en una continuidad mecánica, de un texto a otro, sino en momentos de crisis y de resoluciones que ponían en evidencia diferencias fundamentales y reveladoras; de este modo, se podía hablar de un momento barroco, de la gauchesca, del realismo, del modernismo, de la vanguardia, en todos los cuales la escritura era conciencia de sí misma y problema que arrastraba al lenguaje mismo y para abordar, en lo que operaban elementos provenientes de la teoría mencionada. De este modo, pude escribir a lo largo de los 13 años pasados en México, algunos trabajos que conformaron el libro titulado *La vibración del presente*, que contiene trabajos sobre Borges, Lezama Lima, Arguedas, Arlt, Rulfo, Juan José Saer, Julieta Campos, Tomás Segovia, así como una puesta a punto del naturalismo y la vanguardia. Pero más concentradamente, debo referirme, para completar mi afirmación precedente, a mis trabajos sobre «Alturas de Macchu Picchu», de Pablo Neruda (lo que implica una puesta a punto sobre el discurso poético), *El reino de este mundo*, de Alejo Carpentier (ambos ingresaron a *La memoria compartida*, así como el trabajo sobre *El coronel no tiene quien le escriba*, de García Márquez, el «Prólogo» a una edición del *Facundo* y el trabajo sobre *El juguete rabioso*, de Arlt), *La llegada*, de José Luis González, además de otros muchos que están en la

constelación latinoamericana, por ejemplo el ecuatoriano Pablo Palacio («Extrema vanguardia»), Juan Carlos Onetti («El sufrimiento de un narrador»), el «diepalismo» («La vanguardia en Puerto Rico»), Carlos Fuentes («La crítica, el cine y la presencia de Carlos Fuentes»), José Donoso («Parodia y pornografía»), Manuel Maples Arce («El estridentismo»), Nicanor Parra («Los anti poemas») así como múltiples reseñas publicadas en periódicos mexicanos. Y sobre todo, pude escribir mis libros, el relacionado con la obra de Rubén Darío (*Las contradicciones del modernismo*) y el ya mencionado que tiene por objeto los documentos colombinos (*Los dos ejes de la cruz* que fue reescrito posteriormente con el título de *Historia de una mirada*).

El trabajo sobre Darío se articula sobre ciertas marcas textuales semi ocultas, la especularidad estrófica por ejemplo, y la construcción de matrices o redes sobre las que los poemas van creciendo. El «contenido» de los poemas, que bien pudo ser, y sigue siendo a primera vista, trivial, sin siquiera un gran valor referencial, como a la sombra de Mallarmé, oculta quizás las operaciones verbales que Darío realiza sobre dichas grillas y que configuran una suerte de sistema de producción homólogo. Es mi hipótesis, a un sistema de producción industrial. Obviamente, el trabajo padece de una impronta «productivista», lejanamente vinculada a los modelos que expuse en *Producción literaria y producción social*.

Una variante se me presenta al enfrentarme con los documentos colombinos. Ya no se trata de «productivismo» sino de establecer posibles condiciones de una escritura que, informe y todo, es suscitada por el encuentro de un lenguaje titubeante con una realidad nueva y desconocida; ese choque es entendido, para dar curso a la voluntad descriptiva del navegante, mediante la necesaria apelación a la metáfora cuya apariencia es salvaje. No será la que proliferare en el Siglo de Oro, pero que será algo así como un motor escriturario. Afirmar que es inaugural puede ser arbitrario y suponer que la necesidad de «representación» de lo que «se ve» es tan tenaz y fuerte que determina un imaginario, lo constituye y hace escribir. En un principio, el cruce entre paradigma y sintagma, que articula el discurso se concreta en la cruz que, por otra parte, parece ser un instrumento no solo de captura sino de interpretación. De ahí el primer título del libro, *Los dos ejes de la cruz*, modificado en la reescritura que emprendí años después, *Historia de una mirada*, que me pareció más adecuado para señalar la red de relaciones que sostienen esos textos.

Todas estas menciones —trabajos que se fueron produciendo en los años mexicanos—, están marcados por una voluntad «latinoamericanista» que amplió considerablemente mi relación con la literatura argentina, sin olvidarla, y puso a prueba los conceptos operativos que había ido acumulando y

depurando al mismo tiempo que los escribía. Pero no por ello, cesaron mis intereses teóricos que todavía giraban, y lo siguen haciendo aunque ingresan también al inventario nuevas miradas, en la literatura y en la poesía específicamente. En ese momento, producto de una inquietud que puedo llamar «crítica» respecto de la traducción, pero metodológicamente prolongación de mis trabajos sobre Neruda y Darío, consideré el espacio que existe entre un texto, considerado «genotexto» y la versión, como «fenotexto», fuente, por lo general de equívocos de interpretación. En particular, mi punto de partida fue el examen del famoso «Sonnet», de Mallarmé, que dio lugar al artículo titulado «Las dos traducciones» (sobre el «Sonnet en X», de Mallarmé) que publiqué tempranamente en *Point of contact* (No. 3, New York, en 1976) y casi enseguida en *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México* (Vol. XXXII, N° 2, México). Puedo creer que tal interés fue despertado, en su momento, por mi intervención en el «Programa de Traducción» de El Colegio de México que consistió en una serie de elaboraciones orales de conceptos literarios, «escritura y economía», por ejemplo, el concepto de «forma», la «posición del narrador» y otros que se desprendían de la puesta en escena.

Un poco por azar, y otro poco en virtud de un mecanismo que actúa extrañando temas larvados o que se elaboran en silencio, casi inconscientemente, y que de pronto, estimulados por una demanda exterior brotan y constituyen un campo de trabajo, comencé a someter a examen esa práctica tan generalizada que se conoce como «lectura» convirtiendo la palabra lectura en un objeto de conocimiento. Publicados los acercamientos al concepto en una revista del CONACYT, entraron a formar el libro titulado *La lectura como actividad* y luego, años después, *Lectura y cultura*. El tema, complementario del de «escritura» fue objeto de diversos seminarios y de artículos; quiero creer que llegó a ser básico de la perspectiva semiótica con la que me comprometí ulteriormente y que tuvo consecuencias en los efectos que pude aquilatar en la docencia en las diferencias instancias que me tocaron en suerte en Argentina, Estados Unidos, Chile, Uruguay y Colombia.

Uno de los instrumentos de relación hermenéutica que determinaba una suerte de lenguaje de época era el concepto de «intertextualidad» que poco a poco había devenido requisito metodológico. Sin embargo, la exigencia no se me presentaba como un «a saber» y menos como un sistema de citas justificatorias de saberes distantes pero autorizadores. Modalidades, recurrencias, evocaciones, alteraciones empedraban las incidencias textuales y determinarlas, sin necesidad de evocar los textos de donde podían venir, aparecía espontáneamente como producto de un método que había empezado a operar hacía ya mucho tiempo. Pronto empecé a considerar que si esa relación estaba dada

no pasaba de una empiria de modo que se trataba de pasar a otro nivel que, considerando lo que me atraía, podía ser una «interdisciplina» y, más adelante, una «interdiscursividad» que, a su turno, pasó a ser «transdiscursividad», concepto que presentaré un poco más adelante, cuando me refiera a otro giro o paso que di en un terreno teórico cada vez más tentador.

En cuanto al momento «interdisciplinario» su expresión puede encontrarse en mi trabajo «Psicoanálisis y literatura o literatura y psicoanálisis» en el cual el punto de partida es la materia misma de los objetos respectivos: el lenguaje. La literatura genera lenguaje o pone de relieve sus potencialidades; el psicoanálisis opera sobre el lenguaje y en ambos casos se trata de llegar a lo que está detrás, a lo no dicho en lo dicho y, en suma, viejo tema siempre presente, a la significación que palpita, sin definirse, en los respectivos actos analíticos.

En el paso a paso de la intención teórica tuve la oportunidad que me brindó el Doctor Gilberto Giménez, de asomarme a un campo que estaba tomando forma. En un coloquio organizado en la UNAM teóricos franceses, Michel Pêcheux, Regine Robin y otros, presentaron las posibilidades de una teoría que a partir de la lingüística harrisiana y rápidas intersecciones interdisciplinarias, prometía abordar diversos discursos sociales más allá de los presupuestos filosóficos desde los que se consideraban los hechos sociales. El discurso dejaba de ser la tradicional formación oral propia de la oratoria tanto política como sagrada para devenir un objeto epistemológico entramado con toda la gama de prácticas sociales, de todos los campos; así, podía hablarse de «discurso político», de «discurso literario», de «discurso publicitario», de «discurso religioso», sus especies particulares y de los restantes que recorren la vida social, con parecidos instrumentos analíticos. Quizás esa manera de entenderlo discrepaba de la ortodoxia pero a mí me abrió un camino y en él me interné, en principio en El Colegio de México, donde logré, venciendo resistencia no fundamentadas, impartir un Seminario de doctorado con la colaboración de Hans Saettele que, proveniente de la lingüística, se estaba inclinando hacia el psicoanálisis de manera que también veía en la noción de «discurso» una posibilidad interdisciplinaria de consecuencias.

Cuando por razones poco claras y oscuramente idiosincráticas, concluyó mi compromiso con El Colegio, fui invitado por una dependencia de la UNAM a planear y organizar una Maestría en, precisamente, análisis de discurso. Produje entonces un documento fundando esta teoría y, a continuación, hice un viaje a Europa para recabar elementos conceptuales que debían incorporarse a la propuesta. Hablé con Michel Pêcheux, Jean-Jacques Courtine, Jean-Blaise Grize y con otros «discursivistas», de cuño lingüístico. Al regresar, y más bien inclinado a incorporar problemáticas analíticas posibles para otras prácticas, orga-

nicé un encuentro sin otro tema que «el discurso» mismo invitando a portavoces de diversas disciplinas. El documento al que aludí fue el único material del que los asistentes contaron para iniciar una reflexión que implicaba la instalación de ese concepto que, entonces, pude definir como «un acto verbal, de efectos extraverbales y, al mismo tiempo, verbales». Así desfilaron discursos provenientes de la sociología, de la literatura, de la física, de la pintura, de la medicina, etc. Y, correlativamente, empecé a escribir sobre el concepto, no solo en la revista, *Discurso*, que al dar cabida a esta dimensión teórica mediante una convocatoria amplia respaldaba la Maestría que estuve articulando en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la que presenté varios trabajos, sino también en otros lugares como, por ejemplo el trabajo titulado «Discurividad, discurso, análisis», recogido en la revista *Morphé*, de la BUAP. La revista *Discurso* sigue saliendo pese a que abandoné la dirección cuando cesaron mis compromisos en México y recomencé mi labor en la Argentina, hacia 1987.

Pero el concepto de discurso operaba en mí como trasfondo para dar lugar a campos temáticos diversos, en particular relativos a la cultura latinoamericana y a lo que puedo llamar «objetos» literarios. En casi todos mis trabajos posteriores a ese primer momento de planteo y desarrollo se puede advertir ese tipo de mirada. En cuanto al primer aspecto, puedo mencionar varios trabajos, algunos escritos directamente o presentados en coloquios o congresos, integraron mi libro *Las armas y las razones*, publicado en Buenos Aires: «De la dictadura a la democracia en Argentina», presentado en el Department of Sociology, University of California, La Jolla, en 1984; «Entre el ser y el siendo. Identidad. Latinidad. Discurso», en el simposio organizado por el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM, México, en 1984; «La burocratización de la cultura», en el Simposio sobre «Industrialización de la cultura y resistencia cultural», Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1985. «Desde el margen: exilio y literatura», publicado en *Represión y reconstrucción de una cultura* (1988); «La locura militar y un discurso imposible» en México, 1987; «Discurso y sociedad» fue el tema de un cursillo que impartí en la Universidad Nacional de Rosario, en 1986. Otras intervenciones semejantes pueden encontrarse en el mencionado libro, *Las armas y las razones*.

Lo que quizás guía todos esos trabajos es una búsqueda de signos que siendo propios de la experiencia histórica latinoamericana pueden ser examinados en una dialéctica de semejanza/diferencia que asume y deja de lado la cuestión más o menos trivializada de «identidad» así como la traducción a lo político «estatal» de la latinoamericanidad. Se trataría de un campo discursivo «perturbado» por factores no solo políticos y económicos sino humanos de gran fuerza, por ejemplo lo que aparece como más nítido en la zona caribeña,

herencia de las peores rémoras de la colonización, o la inmigración, más propia de otras regiones del continente. Los lenguajes resultantes aparecen, en mi dispositivo de análisis, como el punto de partida de un intento de precisión que va más allá del explícito bolivarismo o del europeísmo forzado, retóricas ambas que no salen de un cárcel de repetición y de invocaciones exaltadas.

En cuanto al campo literario, no menos numerosas son mis intervenciones: «De lo “gastado” al “interés” en una práctica secundaria (la crítica literaria)», presentado en la Universidad Autónoma Metropolitana, en 1984, prolonga y replantea mi interés por una teoría del «Trabajo crítico». Este tema fue retomado por mí en varias ocasiones; por un lado, lo encaré en un primer momento en el libro *Temas de teoría: el «trabajo crítico» y La crítica literaria* y, posteriormente, en el trabajo titulado «Productividad de la crítica», que reformulé varias veces en diferentes ocasiones, la última de ellas en el 2014, en Colombia, en el marco del Doctorado de la Universidad Tecnológica de Pereira. Y si bien este tema en particular tiene un sesgo teórico muy marcado, es semejante al titulado «Literatura y Política en el Imaginario Social», publicado en *El balcón barroco*, libro que reúne trabajos de diversos registros pero en ese mismo espíritu.

No me resulta fácil dar cuenta de los trabajos producidos a la sombra del concepto de «análisis de discurso», veta que elegí en lugar de «teoría del discurso», que me habría llevado a zonas de apartamiento de los «objetos» que se me iban poniendo por delante de manera asistemática pero que en el lenguaje y en el enfoque adquirirían cierta sistematicidad o si se prefiere unidad de estilo y de abordaje.

Inclusive cuando me enfrentaba con textos o problemas de índole puramente literarias, en apariencia desde luego, porque considerándolos «discursos» y en la búsqueda de su «discursividad», me apartaba de enfoques preliminares vinculados a las prácticas académicas en uso. De este modo, pude internarme en la poesía épica, vinculada a Latinoamérica, cuando se me ofreció trabajar sobre la obra de Bernardo de Balbuena, *El Bernardo*, muy característico de los comienzos del siglo xvii, emparentado con otros del mismo tipo, como *La Araucana*, de Alonso de Ercilla y, desde luego con la épica italiana. Con ese trabajo concluyó mi irrupción en el discurso poético de este tipo pero también pude emprender una prolongada tarea sobre el «discurso poético» que considerado como «campo discursivo» convocaba a otros, tales como el político, el religioso y el publicitario. Esa tarea fue realizada años después, en Buenos Aires, y el conjunto publicado bajo el título de *Conocimiento, retórica, procesos*, publicado en el 2008. Estos textos se vinculan con la instalación en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires de una *Maestría en Análisis del Discurso*, en la que integro la

Comisión correspondiente, y cuyos fundamentos en parte están en la que no logré concretar en México.

En el período «mexicano» retomé obras en particular en una suerte de espontánea fidelidad a lo que se había insinuado en Francia cuando tuve que abordar la obra de Pablo Neruda. Ahora me atraían y provocaban otros textos de diversos lenguajes y de diversas experiencias «poéticas», entendiéndose por tal cosa opciones de escritura. En este sector puedo ubicar mis trabajos sobre Borges («Sentimientos complejos sobre Borges») recogido por *Les temps modernes*, sobre la poética de Alfonso Reyes, que forma parte de *El balcón barroco*, así como escritos sobre la monumental autobiografía de José Vasconcelos que, previamente, había ido publicando en el periódico *Unomásuno*; en el mismo ciclo tengo que incluir mi trabajo, ya mencionado, sobre Juan Rulfo y los que continué haciendo sobre García Márquez y Cortázar o sobre *Recuerdos de Provincia*, en una visión que tendía a ser más particularizada que la que había tendido sobre el *Facundo* en su momento («Autobiografía, biografía y fuerte desplazamiento hacia la narración: Sarmiento en el origen de una literatura»). En la misma franja temporal y en atención también a determinados estímulos (pedidos, congreso, recopilaciones temáticas) lo que había comenzado hacia 1976 con ciertos apuntes sobre la «vanguardia» fue tomando cuerpo no solo para considerar obras estrictamente vanguardistas como el «estridentismo» mexicano o el «diepalismo» puertorriqueño, de tan diversa orientación, sino para establecer algunos parámetros del discurso designado como «vanguardia», ya no en el sentido de «movimiento» o tendencia; específicamente, mi trabajo titulado «Las dos tentaciones de la vanguardia», escrito ya en Buenos Aires, publicado en la reunión crítico-antológica de Ana Pizarro, *América Latina: palabra, literatura y cultura*, primero en São Paulo y recientemente en Santiago de Chile. Lo mismo puedo decir acerca de la dimensión latinoamericana, como modo de participar en un debate permanente acerca de la viabilidad de la designación; así debe considerarse «Tendencias actuales de la narrativa latinoamericana» y, como formando parte del mismo elenco de problemas, los trabajos sobre «novela histórica» que no solo me llevaron a escribir varios textos. «De la historia a la escritura: predominios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana» es quizás el principal y que, junto a problemas específicos del concepto de «historia» y, sobre todo de «historia de la literatura», diferenciada de «historia literaria», me permitieron organizar un volumen que publiqué más tarde bajo el título de *Historia e imaginación literaria*, donde sistematizo el concepto de «novela histórica» reuniendo y ensamblando aportaciones que había hecho en diversos encuentros académicos y aun en cursos universitario, tanto en México como en Estados Unidos.

En ese libro cuestiono no tanto la verdad histórica que la novela respetaría o traicionaría sino la perduración del concepto de representación que, dado este referente, sería inevitible y, además, postulo que los textos que eligen este camino, acaso en virtud de exigencias ético-políticas, solo se validan si respetan las generales de la ley de la escritura, o sea si logran pasar de la verosimilitud historizante a la credibilidad poética.

La preocupación por consolidar teóricamente un campo relacionado con el concepto de «discurso» pudo canalizarse de varias maneras; por un lado, la ya mencionada revista *Discurso* y, una vez que pasé a trabajar en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, la organización de al menos cuatro encuentros; los trabajos presentados por portavoces de diversas disciplinas, fueron reunidos en sendos volúmenes, precedidos y presentados por extensos prólogos en los cuales pude desarrollar mis ideas sobre la cuestión, además de mis intervenciones en los debates que cada trabajo suscitaba. Los temas fueron «Hacia un escenario para el concepto de discurso», «Discurso e interdisciplina», «El discurso político mexicano», «El discurso del amor y no el discurso amoroso». Logré congrega un número importante de participantes, de diversos campos disciplinarios con la intención de que confluyeran con sus aportes a la consolidación del concepto de discurso que podría, por añadidura, permitirles revisar sus propios presupuestos analíticos, en la medida en que sus disciplinas lo exigieran. No sé si tuve éxito, algo inmedible, desde luego, pero en lo que lo tuve fue en que el concepto mismo ha entrado en el universo epistemológico y gnoseológico y se ha hecho, directa o indirectamente, instrumento de uso en cualquier tipo de elaboración signica.

Ciertos temas, como puntas de una pregunta, tienen un comienzo y en algunas ocasiones, una respuesta, tal como creo haberlo señalado a propósito de mis trabajos primeros que tienen una impronta psicoanalítica, pero no concluyen ahí y reaparecen, apoyando nuevas cuestiones, años después, en otros lugares; así, en lo que respecta al psicoanálisis, varios años después pude reunir mis ideas en el trabajo ya mencionado, «Psicoanálisis y literatura o literatura y psicoanálisis», pero que también alimentó los que fui realizando cuando dejé México y me reinstalé en la Argentina. Esto puede entenderse como un diseño de fuerzas ideales que se entretejen y que episódicamente se ocultan y luego reaparecen. Puedo decir, de este modo, que mi inmersión en los conceptos de «análisis de discurso» así como de «dimensión psicoanalítica», que tuvieron forma cuando el mero descriptivismo historicista de obras literarias dio paso a tales aperturas, están presentes en trabajos del período posmexicano y se diría que en los de los últimos años aunque, por cierto, nuevos conceptos se incorporan a esa red.

En 1983, como es sabido, la dictadura argentina se derrumbó y se empezaron a abrir nuevamente las puertas para un regreso al país. En mi caso, eso se produjo hacia 1987 cuando regresé a la Facultad de Filosofía y Letras, a cargo de la Cátedra de Literatura Latinoamericana 2, e ingresé a CONICET como Investigador Principal, sitio en el que me desempeñé hasta 1999. Sin embargo, desde 1987 hasta 1991, seguí ligado a México prosiguiendo mis trabajos en el orden del análisis del discurso, a lo cual aludí más arriba.

Aproximadamente a partir de 1984 se añadió a mi perspectiva analítico-discursiva una dimensión semiótica que venía discretamente a resolver algo que en el momento anterior había quedado en suspenso, a saber ¿qué perseguía el análisis? La respuesta, largamente modelada, se concretaba en tono a la idea de «significación», concepto esencialmente semiótico y, a la vez, resumen de diversas líneas de fuerza. Sin embargo, eso no implicó que absorbiera modelos de «la» semiótica establecidos (Greimas, Pierce u otros) sino un orden de reflexión que partiendo de las definiciones saussurianas, varias que habían quedado inconclusas, fui conformando un sistema particular que tendía a la sociosemiótica pero que, sobre todo, me permitiría ir acercándome a lo que llamaba el «enigma» de la literatura: poesía en particular.

Eso tiñe todos los trabajos que ejecuté desde mi regreso a la Argentina y mi pertenencia al CONICET. Obviamente, está presente en la docencia de grado y de posgrado que llevé a cabo tanto en Buenos Aires como en las breves salidas al extranjero, Estados Unidos (California), Uruguay (Montevideo), Chile (Santiago), Colombia (Bogotá, Pereira), en las cuales, a partir de, y volviendo a, textos de la literatura latinoamericana proponía lecturas que, a su vez, podían mostrar el acierto de las proposiciones que había hecho en mis trabajos específicos sobre «lectura» y «escritura».

En Buenos Aires, recopilé varios bajo el título de *Los grados de la escritura*; si hablaba de la lectura «como actividad», la escritura aparecía como «producción», en diapasón y consonancia con avances filosóficos quizás pasatistas como el renacimiento althusseriano del marxismo y el psicoanálisis lacaniano de los cuales determinados restos saturaban mis propias indagaciones. Por ejemplo, mi trabajo sobre «El balcón barroco» fue un intento de semiótica teatral que considero innovador en este campo en el cual el balanceo entre texto y género determina por lo general una mera glosística que empantana una crítica posible de esa fugitiva especie artística.

Poco a poco, la dominante semiótica me fue conduciendo a una zona que puedo considerar «protofilosófica» o «semifilosófica» o, en todo caso, emparentada con una general «filosofía del lenguaje». Pude suponer, o imaginar, que mi modo de reflexión implicaba un giro filosófico propio de la cultura

contemporánea, no afiliado a lo que se llamó «posmodernismo» sino más bien a una tradición heterodoxa, platónica si se quiere, pero que no dependía de sistemas a la manera de lo que ordena la enseñanza de la filosofía en las universidades, metafísica, ética, estética, etcétera.

Estimo que eso puede verse en las propuestas que hice, acompañado por otros colegas, en la revista *SYC* (una sigla de Semiología y Comunicación que declaraba la intención de tomar distancia de ambas disciplinas) que comenzó en 1989 y produjo diez números. Mis propósitos se fueron definiendo y concretando en una suerte de programa que iba encontrando sus objetos. El gesto básico puede describirse como un intento por liberar a términos de la lengua natural de su encierro semántico para someterlos a una indagación fenomenológica semióticas, o sea con el objeto de ponerlos en una posición signifiante, no en el sentido en que el psicoanálisis lacaniano emplea este término ni tampoco saussurianamente como componente conceptual o imaginológico del signo, sino como producción de significación. De este modo, un primer deslinde, que no fue lo primero que hice pues, como lo señalé, los objetos se fueron dando en progresión de necesidad hermenéutica, fue mi trabajo sobre las diferencias entre significado, significación y sentido. De ahí, y siempre perseguido por las básicas formulaciones saussurianas, pero sin renunciar a lo que proporciona una irrenunciable experiencia literaria, el problema de la referencia que filósofos como Frege resuelven en una perspectiva se diría que exclusivamente semántica. Términos tales como «negatividad», «efecto», «poder», «conocimiento», «memoria», «verdad», «dolor», «transferencia», «simbolización», «inconsciente», «usura», «acorde», fueron —no son los únicos— abordados en sendos trabajos, algunos publicados, varios de ellos en la revista *Tópicos del Seminario*, publicación de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, otros en *Psicoanálisis y el hospital* y en otras, además de colecciones de ensayos como *El balcón barroco* (1998), *Línea de flotación* (2002), *Fantasmas semióticos* (2007), *Conocimiento, retórica, procesos* (2008), *Verde es toda teoría* (2010), *Poéticas de la crítica* (2012) y *Delicados trazos* (2014). Puedo creer que la fertilidad de un enfoque como éste consiste en que no solo abre camino a modos de pensamiento en diversos órdenes, tanto en la hermenéutica textual como en la discursividad disciplinaria (para la medicina, por ejemplo, una reflexión de este tipo sobre el dolor no puede ser irrelevante) sino que se filtra en otros tipos de discurso, por ejemplo en mi caso, la poesía: en mi libro *Cálculo equivocado* (2009) una sección está compuesta por series cuyos desencadenantes son «dolor», «necesidad», «desesperación», «placer», «libertad», «soledad», «corazón», «miedo» así como en mis artículos relacionados con cuestiones literarias, publicados en diversas revistas y recopilados, algunos,

en sendos libros: *La selva luminosa* (1992), *Suspender toda certeza* (1997), *El ejemplo de la familia* (1998), *Vertiginosas textualidades* (1999), *The Noé Jitrik reader* (2005). Semejante manera de enfocar problemas de otra índole, temas de actualidad, observaciones de realidades inmediatas, comportamientos dados y siguen dando lugar a trabajos que entran en el discurso periodístico y que no se separa de una impregnación semiotizante: pretendo con ellos, o lo intento, señalar una diferencia de fondo con el lenguaje periodístico en curso, dominado por la «opinión» y sometido a una obligación de literalidad que responde a una interpretación puramente mercadológica del horizonte de lectura de una sociedad.

Por último, tampoco puedo separar de esta manera de considerar problemáticas del lenguaje, mi regreso a un ámbito de «historia de la literatura» muy cuestionado por mí en experiencias docentes anteriores y de acercamientos a textos literarios, tanto propiamente míos como de descripciones ejecutadas por otros, en particular investigadores vinculados al Instituto de Literatura Hispanoamericana que dirijo desde 1991. Encarado un proyecto de largo alcance titulado *Historia crítica de la literatura argentina* que una editorial (Emecé) contrató (no un sistema de investigación), a esta altura casi concluido (11 volúmenes de un plan de 12) habiendo comenzado en 1999, en la palabra «crítica» (práctica sobre la cual formulé en su momento varias precisiones conceptuales, desde mis tiempos mexicanos hasta últimas intervenciones en 2014) intenté que una perspectiva semiotizante rigiera las plurales miradas sobre una fenoménica que, pese a su juventud (200 años no es demasiado tiempo para un cuerpo literario) es compleja, rica y abundante.

Septiembre, 2017

